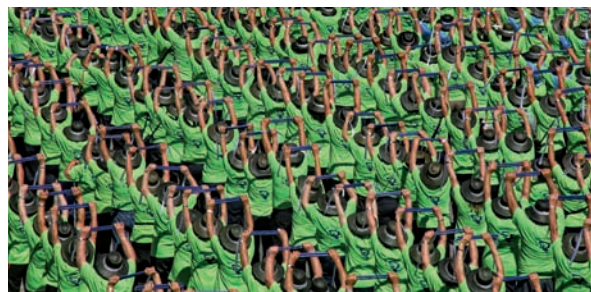


CAPÍTULO 15



RELACIONES INTERGENERACIONALES



Cuando hablamos de relaciones intergeneracionales, ¿a qué nos estamos refiriendo? En principio, y de modo general, el sentido común y el uso más extendido del lenguaje nos llevan a pensar en cualquier tipo de relación mantenida entre personas de distintas generaciones. Las relaciones entre padres e hijos o entre abuelos y nietos son un buen ejemplo de relación intergeneracional. Pero también lo son las relaciones que pueden mantener un grupo de personas mayores con los niños que acuden a una escuela infantil, aunque no tengan ningún lazo de parentesco con esos niños. Sucede que ambos términos, *relación* e *intergeneracional*, son polisémicos y multidimensionales (Höpflinger, 2009).

Las ciencias sociales se han encargado de estudiar a fondo la polisemia de estos dos términos. Relación nos hace pensar en contacto, acción e interacción entre personas: la relación es «el efecto que surge de la interacción entre dos sujetos» (Terenzi, 2008: 46). Toda relación se produce en el marco de lo que parece ser una contradicción: por un lado, la relación exige una cierta distancia —un espacio *entre* quienes se relacionan— y, por otro lado, un grado recíproco de integración, de compromiso —un vínculo *entre* quienes se relacionan—. Además, las relaciones, todas las relaciones, tienen elementos subjetivos —cada relación se materializa a través de la interpretación de las personas que la hacen posible— y otros objetivos —las relaciones se producen sobre la base de un sistema, de un orden social, que las orienta y las condiciona. Dicho con un ejemplo: la relación entre un padre y un hijo concretos se desarrolla, en parte, por las singularidades que ambos aportan y, en parte, por las reglas marcadas socialmente acerca de las relaciones paterno-filiales que ese padre y ese hijo hipotéticos utilizan o simplemente se limitan a seguir a la hora de mantener o transformar su relación.

Hablar de generación también esconde contradicciones. Como ha explicado el profesor Kurt Lüscher, el concepto de generación contiene, en su propia etimología, una polisemia que muestra lo intrínsecamente contradictorio del mismo: «generación significa continuidad y comienzo» (Lüscher, 2000: 14); y así la intergeneracionalidad nos hace pensar en relaciones entre generaciones que se relevan unas a otras —y que, por tanto, forman parte de un continuo espaciotemporal— pero que, a la vez, suponen, cada una, un nuevo constructo distinto y separado de las anteriores —de ahí que la aparición de cada generación implique, también, un comienzo, una ruptura, un distanciamiento. Por ello resulta muy adecuado no dejarse llevar por retóricas simplistas y acercarse al estudio de las relaciones intergeneracionales no sólo pensando

en su grado de coordinación y de funcionalidad sino también en su potencial conflictivo y divergente. Podríamos decir que, cuando bajamos a observar la realidad, todas las relaciones intergeneracionales son más bien contingentes y, en el fondo, tienen carácter ambivalente: «desde una perspectiva social hablamos de ambivalencia cuando se consideran básicamente irreconciliables los dilemas y los sentimientos, pensamientos, acciones y contradicciones producidos en relaciones y estructuras sociales relevantes para el desarrollo personal y social. [...] Las ambivalencias *presuponen* la existencia de *contradicciones* y *conflictos*, pero esto no es suficiente. Deben percibirse como polarizados e *irresolubles*» (Lüscher, 2000: 16).

Al abordar el tema de las relaciones intergeneracionales también es obligado aludir a la polisemia del término generación. Sin embargo, la mejor aproximación al tema no comienza por dicho término sino por caer en la cuenta de que tanto las relaciones como la intergeneracionalidad hincan sus raíces en lo que llamaremos lo *inter*, es decir, aquello que existe, que se crea, que sucede *entre* las personas y los grupos de personas que entran en relación: «por relación social debe entenderse la realidad inmaterial, situada en el espacio y en el tiempo de lo interhumano. Está entre los sujetos agentes y, como tal, constituye su orientarse y su actuar *recíproco*» (Donati, 2006: 55). Dicho de otro modo, y en alusión directa al tema que nos ocupa: «para hablar de intergeneracionalidad no basta con *estar juntos*; lo importante es *hacer y hacerse juntos*, y que ese hacer vaya más allá de la mera interacción y pase a la relación. [...] Por tanto, la clave del término *inter-generacional* está no tanto en lo *generacional* sino en el *inter*, en el *entre*» (Newman y Sánchez, 2007: 42).

Esta forma de entender la intergeneracionalidad tiene una consecuencia fundamental: si lo verdaderamente clave de la relación es lo *inter*, entonces los individuos, los agentes de las relaciones, no son ni el primero ni el único lugar explicativo de las relaciones. Sin embargo, una y otra vez nos encontramos con afirmaciones que utilizan a esos individuos y agentes como principio y final para explicar las relaciones intergeneracionales. En el caso, por poner un ejemplo, de enunciados —por cierto, no demostrados empíricamente— tales como «los jóvenes piensan que las personas mayores son una carga para la sociedad»; en realidad lo que sucede no es tanto que algunas personas del grupo de edad considerado joven tengan ese pensamiento en su cabeza y lo expresen; su creencia se explica mejor si prestamos atención a la red de relaciones —a los múltiples *inter*— por la cual esos jóvenes se mueven en su día a día. Habría que preguntarse cuántos de esos jóvenes

han realizado tal afirmación sin haber mantenido relación alguna con una persona mayor; en ese caso lo que hacen al expresar tal creencia puede deberse más al uso de un tópico social en una situación en la que ese uso es apropiado, que a estar realmente expresando lo que les dice su participación en una relación intergeneracional con personas mayores. Y no sería de extrañar que anulasen ese tipo de juicio al hablar de su querido abuelo o abuela y no de las personas mayores en general; al cambiar la relación —el vínculo, *lo inter*—, también pueden cambiar los juicios sobre la misma.

Por otro lado, hablar de relaciones intergeneracionales supone abordar un doble vínculo: el que va implícito en toda relación y el existente entre los grupos generacionales. Así, una relación de colaboración, que ya apunta a una forma concreta de vínculo, se puede ver atravesada, según el caso, por reglas y prácticas específicas de la interacción entre nietos y abuelos o padres e hijos, por poner sólo un ejemplo. Si, como sostenía Donati, las generaciones son relaciones, hablar de relaciones intergeneracionales supone hablar doblemente de relaciones.

En conclusión, y tal y como señala con contundencia el profesor Pierpaolo Donati, «las generaciones implican relaciones sociales, o mejor, son relaciones sociales, y se necesita comprenderlas a través del tiempo de las relaciones» (Donati, 1999: 32), y no tanto de sus agentes. Además, no basta, como se suele hacer, con señalar lo funcional y coordinado de las relaciones intergeneracionales; hay que entrar a explicar lo que de conflictivo y ambivalente tienen estas relaciones.

Después de esta reflexión sobre los fundamentos del tema, sí podemos repasar las distintas dimensiones de las generaciones como agentes de la intergeneracionalidad. Para ello nos vamos a servir de la tipología que recientemente ha utilizado el profesor Höpflinger (2009), quien distingue cuatro categorías de generaciones:

- a) **Las generaciones genealógicas**, que designan a los miembros ascendentes y descendentes de una misma familia.
- b) **Las generaciones pedagógicas**, que distinguen, por un lado, a quienes enseñan y transmiten y, por otro lado, a las generaciones que aprenden y reciben.
- c) **Las generaciones sociohistóricas**, constituidas por grupos históricos y/o sociales que comparten un mismo contexto histórico y social.
- d) **Las generaciones del bienestar**, que se corresponden con los distintos grupos de edad y/o cohortes entre quienes los Estados distribu-

yen sus recursos, en especial los relacionados con la atención a la vejez.

Este mismo investigador concreta qué entiende por relaciones intergeneracionales: «La noción de *relaciones entre generaciones* designa los procesos recíprocos de orientación, influencia, intercambio y aprendizaje entre los miembros de dos o más generaciones (relaciones intergeneracionales), o en el seno de una misma generación (relaciones intrageneracionales). La forma y la dinámica de las relaciones entre las generaciones resulta de la experiencia subjetiva de las similitudes y diferencias, así como de la realización de roles y funciones prescritos institucionalmente (incluida la ordenación de las propias relaciones entre generaciones)» (Höpflinger, 2009: 21). Y según este investigador se pueden distinguir cuatro formas ideales de relaciones intergeneracionales familiares y sociales: el conflicto, la solidaridad, la segregación y la ambivalencia.

Nosotros nos vamos a centrar exclusivamente en las relaciones intergeneracionales y vamos a tratar de responder a la cuestión que el título de este capítulo sugiere: ¿Por qué y de qué modo las relaciones intergeneracionales son relevantes de cara a conseguir un envejecimiento activo en el ámbito de la sociedad española? Naturalmente para contestar a esta cuestión es indispensable aclarar, primero, lo que quiere decir envejecer de modo activo.

A. PRECISIONES EN CUANTO AL ENVEJECIMIENTO ACTIVO

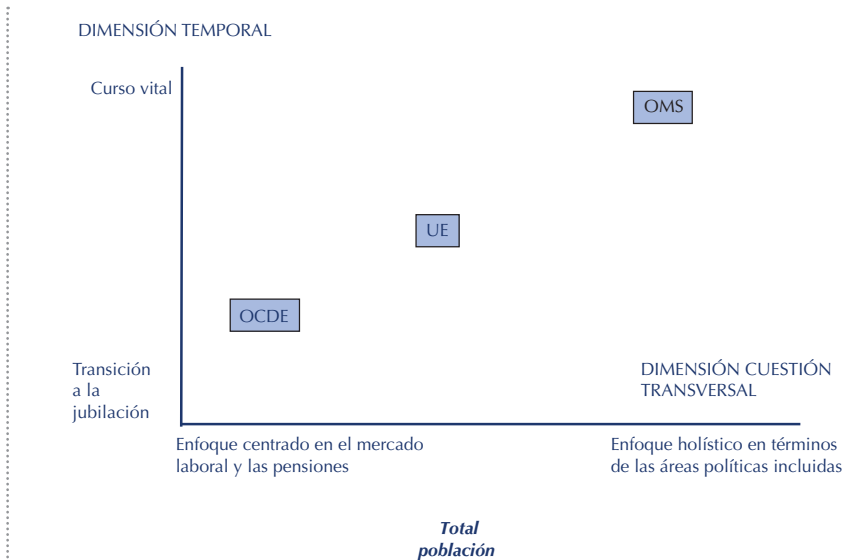
El envejecimiento activo es un ideal, una propuesta, un horizonte, un modelo. Como en tantas otras ocasiones, una vez señalado el modelo y su conveniencia, aquellos agentes que lo consideran oportuno tratan de poner en marcha acciones para que la realidad se vaya acercando a las pautas indicadas por el modelo abstracto. ¿Qué caracteriza al modelo del envejecimiento activo? Pues depende en gran medida de quién lo proponga; es decir, no existe un único modelo, una única forma de entender lo que quiere decir envejecer activamente. Veamos, como ejemplo, cinco de los muchos conceptos de envejecimiento activo acuñados y disponibles:

- a) «Capacidad de las personas, a medida que envejecen, para llevar una vida productiva en la sociedad y en la economía. Esto significa que la gente pueda escoger de modo flexible la forma en que

pasa el tiempo a lo largo de la vida: aprendiendo, trabajando, tomando parte en actividades de ocio, cuidando a otros» (OECD, 2000: 126)

- b) «La política de envejecimiento activo tiene como objetivo animar a los trabajadores mayores a permanecer en el mercado laboral un tiempo sustancialmente mayor» (Spidla, 2007: 27)
- c) «Proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen» (OMS, 2002: 79).
- d) «En la práctica significa adoptar estilos de vida saludables, trabajar más tiempo, jubilarse más tarde y mantenerse activo tras la jubilación. Promover el envejecimiento activo significa aumentar las oportunidades para una vida mejor, sin disminuir los derechos. La provisión de unos ingresos y de unos cuidados adecuados son parte de la agenda de asuntos del envejecimiento activo» (Commission of the European Communities, 1999)
- e) «El envejecimiento activo es un proceso, que se desarrolla a lo largo de toda la vida, integrado por políticas, actitudes y actividades, que hacen que dicho envejecimiento sea **saludable** para la persona que lo vive y **rentable** para la sociedad en la que vive, para lo cual recibe de la Sociedad conforme a sus necesidades y da, a la Sociedad, según sus capacidades» (Hartu-emanak, 2009: 21).

Vemos que los conceptos 1 y 2 destacan el carácter productivo —social y económico— del envejecimiento activo; los conceptos 3 y 5 se centran más en la mejora de la calidad de vida y de la salud a lo largo de todo el curso vital; el concepto 4 alude tanto a lo productivo —trabajar más tiempo— como a las oportunidades para todo aquello que supone tener una vida mejor e introduce la jubilación como un factor relevante en el proceso de envejecimiento activo. En algún caso —2 y 4— parece que el envejecimiento activo sólo tiene que ver con las personas de más edad; en otro —5— claramente se transmite que el proceso de envejecer activamente sucede a lo largo de toda la vida y, por tanto, no sólo concierne a las personas mayores. A pesar de la formulación tan escueta que hemos hecho de esos cinco conceptos, las diferencias entre ellos emergen. Ervik (2006) ha profundizado en estas diferencias para el caso de las conceptualizaciones de envejecimiento activo de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la Unión Europea (UE) y ofrece el siguiente cuadro para representarlas de forma esquemática:



Distribuidos en dos ejes según la amplitud de sus respectivos enfoques —más centrado en el mercado laboral y en las pensiones o más transversal y relacionado con todas las áreas políticas— y la dimensión temporal —más bien vinculado con la transición a la jubilación o extensivo a todo el curso vital—, vemos que los conceptos de envejecimiento activo propuestos por la OMS, la UE y la OCDE son bastante distintos. Por tanto, y aunque se suele hacer lo contrario, deberíamos utilizar el término envejecimiento activo en plural en lugar de en singular para dar a entender claramente que lo más cierto es que hay versiones diferentes del mismo.

Esta última conclusión tiene consecuencias directas sobre nuestra pregunta de partida: *¿Por qué y de qué modo las relaciones intergeneracionales son relevantes de cara a conseguir un envejecimiento activo?* La respuesta está clara: dependiendo del concepto de envejecimiento activo por el que optemos las relaciones intergeneracionales ocuparán uno u otro lugar. Veámoslo en algunos de los conceptos que hemos seleccionado.

Ya hemos visto que para la Comisión Europea, según Vladimir Spidla, ex Comisario Europeo de Empleo, Asuntos Sociales e Igualdad de Oportunidades, la finalidad de la política de envejecimiento activo es el alargamiento del período laboral: «La manera más productiva y eficaz de oponerse a la amenaza que representa el envejecimiento para la sostenibilidad de los sistemas de pensión es invertir la tendencia al retiro anticipado. Capacitando y motivando a los trabajadores para permanecer activos durante más tiempo y optar por una jubilación más tardía y gradual podemos reducir los costes de las pensiones, conseguir ingresos extraordinarios y obtener una mayor aportación productiva al

crecimiento. Lo que tenemos que hacer es cambiar el comportamiento de los trabajadores en lo que se refiere a la jubilación» (Comisión Europea, 1999: 14). Por tanto, el resto de posibles aspectos a incluir en el marco del envejecimiento activo deben estar al servicio de ese objetivo general: «El “envejecimiento activo” es por sí solo una orientación global y duradera, en la que deben intervenir muchos otros elementos además de la reforma de las pensiones. Para plantearse positivamente trabajar más tiempo, es preciso no tener que seguir haciendo frente a prejuicios discriminatorios, haber recibido una preparación para actualizar y valorar las competencias adquiridas con el tiempo, poder acceder a unos sistemas de jubilación flexible, tener una buena salud física y mental, pero además esperar seguir viviendo aún mucho tiempo teniéndola» (Comisión Europea, 2006: 9). En este contexto concreto, la pregunta intergeneracional a contestar sería la siguiente: ¿qué relaciones intergeneracionales pueden influir en el alargamiento de nuestra vida laboral y cómo?

Sin embargo, adoptando el enfoque de la Organización Mundial de la Salud el interés es otro. Para la OMS, «el término “activo” hace referencia a una participación continua en las cuestiones sociales, económicas, culturales, espirituales y cívicas, no sólo a la capacidad para estar físicamente activo o participar en la mano de obra. Las personas ancianas que se retiran del trabajo y las que están enfermas o viven en situación de discapacidad pueden seguir contribuyendo activamente con sus familias, semejantes, comunidades y naciones. El envejecimiento activo trata de ampliar la esperanza de vida saludable y la calidad de vida para todas las personas a medida que envejecen, incluyendo aquellas personas frágiles, discapacitadas o que necesitan asistencia» (OMS, 2002: 79). En este caso, la clave de envejecer activamente es poder seguir participando y contribuyendo, del modo que sea, allí donde se vive; naturalmente, para ello es conveniente que las condiciones de salud y de seguridad de las personas —estén en disposición de trabajar o no— sean las más adecuadas. No se trata, por tanto, de que la persona, cada persona, pueda envejecer bien a base de cuidarse a sí misma sino que lo que viene a sostener la OMS es que sólo se puede envejecer bien si se participa, si se contribuye; para envejecer bien la autonomía —«la capacidad percibida de controlar, afrontar y tomar decisiones personales acerca de cómo vivir al día de acuerdo con las normas y preferencias propias» (OMS, 2002: 78)— y la independencia —«la capacidad de desempeñar las funciones relacionadas con la vida diaria» (OMS, 2002: 78)—, aunque sean prioritarias, deben ir acompañados de la interdependencia: «la interdependencia y

la solidaridad intergeneracional (dar y recibir de manera recíproca entre individuos, así como entre generaciones de viejos y de jóvenes) son principios importantes del envejecimiento activo» (OMS, 2002: 79). En consecuencia, la pregunta por las relaciones intergeneracionales, en este caso, debería ser la siguiente: ¿cómo pueden las relaciones intergeneracionales ayudar a que las personas, conforme envejecen, participen y contribuyan en sus entornos, con autonomía, independencia e interdependencia, y según sus deseos y capacidades?

En línea con la propuesta de la OMS, el profesor Alan Walker ha sido una de las pocas voces que ha llegado a concretar en qué sentido las relaciones intergeneracionales son necesarias para conseguir un envejecimiento activo: «El mantenimiento de la solidaridad intergeneracional es un factor importante en un enfoque moderno del envejecimiento activo. Este factor significa tanto equidad entre las generaciones como la oportunidad de desarrollar actividades que abarquen a las distintas generaciones. El envejecimiento activo es intergeneracional: se refiere al futuro de todos y no sólo al de las personas mayores. Todos somos parte interesada en esta tarea porque todo el mundo quiere vivir una vida larga y saludable» (Walker, 2006: 85). Walker no habla de relaciones intergeneracionales en general sino de aquéllas que contribuyen a la solidaridad intergeneracional, eliminando así la contingencia y la ambivalencia de las que hablábamos más arriba y proponiendo la citada solidaridad como una especie de norma ordenadora de la interacción entre las generaciones. No obstante, sabemos que, más allá de normas y desideratas bienintencionadas, la realidad de las relaciones intergeneracionales está llena de ejemplos tanto de solidaridad como de insolidaridad. Así que conviene no simplificar el estudio de las relaciones intergeneracionales reduciéndolas a una solidaridad intergeneracional normativa, por mucho que sea ésta la versión más políticamente extendida del fenómeno —en especial en el discurso de la Comisión Europea en torno al envejecimiento de la población (Comisión Europea, 2007).

Necesitamos adoptar un planteamiento más abierto, más contingente y ambivalente a la hora de pensar la conexión entre relaciones intergeneracionales y envejecimiento activo. Para ello, hay que tomar posición acerca de lo que significa envejecer de forma activa.

B. PLANTEAMIENTO DE LA INTERSECCIÓN ENTRE RELACIONES INTERGENERACIONALES Y ENVEJECIMIENTO ACTIVO

Visto lo anterior no queda sino tomar posición en el mapa sobre las relaciones intergeneracionales y el envejecimiento activo que acabamos de cartografiar. Y lo hacemos mediante la siguiente conceptualización:

- Consideramos el envejecimiento activo como una forma de abordar el proceso de envejecimiento humano caracterizada por el papel protagonista que personas y comunidades toman a la hora de preparar y vivir las múltiples dimensiones de su propio envejecer, y que tiene como fin último lograr envejecer del modo más satisfactorio posible, como individuos y como colectividad.
- El envejecimiento activo arranca en el momento en que personas y comunidades, desde sus contextos y con sus reglas y recursos, toman conciencia de su envejecer y deciden hacerse con las riendas del proceso, implicándose en la toma de decisiones suyas y de terceros que van a ir afectando su envejecimiento, como proceso que se desarrolla a lo largo de toda la vida.
- Las formas de envejecer activamente son tan diversas como culturas y formas de vida existen; si bien pueden encontrarse ciertos criterios que tienen más validez general que otros para un envejecimiento activo, siempre habrá que considerar la aplicabilidad de esos criterios de forma flexible y adaptada en virtud de las características locales de los modos de envejecer bien.
- Si el ser humano es social por naturaleza, el buen envejecer también lo es. El contacto y la participación social, en formatos distintos, son dos de los factores clave para envejecer de modo activo.
- El envejecimiento activo no es tal porque se realice cierto tipo de actividades catalogadas como la más apropiadas para envejecer bien —por ejemplo, las relacionadas con la ocupación laboral, tal y como propone la Comisión Europea—, sino que es activo por la actitud y el compromiso de las personas y las comunidades en torno a cómo envejecer mejor. Por tanto, el marco de actuación del envejecimiento activo es de corresponsabilidad, de derechos y deberes, de recibir y dar.
- El envejecimiento activo no alude únicamente a quienes se encuentran en etapas más avanzadas de su envejecimiento como es el caso de las personas de más edad. Al contrario, se trata de un proceso transversal, que atañe a todas las personas y comunidades —con independencia de su edad— que deseen implicarse en la atención y en la mejora continua —optimización, según la OMS— de su envejecer.

Si envejecer bien es cosa de todos y si el envejecimiento activo es social, entonces tiene que ser intergeneracional en el sentido en que lo exponía más arriba el profesor François Höpflinger: una vez que hemos tomado conciencia de pertenencia a una o a varias generaciones, la apreciación de las similitudes y de las diferencias en los

modos de vivir y de envejecer de las distintas generaciones constituye una fuente muy aprovechable de experiencias a la vez que una vía para orientarnos hacia el establecimiento de los necesarios vínculos que todo ser social requiere para vivir bien. Las relaciones intergeneracionales, con sus ambivalencias, son cauces para el establecimiento de esos vínculos: «En la intergeneracionalidad se encuentra la posibilidad de reconstrucción del vínculo social. Cuando las políticas sociales incorporen las preocupaciones intergeneracionales y éstas implementen e impulsen una verdadera sistematización de los productos obtenidos del contacto entre los diferentes grupos generacionales nuestras sociedades democráticas habrán comenzado a iniciar la satisfacción de una necesidad cada vez más demandada: la de adaptarse a la era del envejecimiento, entendido desde un enfoque cultural del arco vital» (Sáez, 2009a: 13).

En definitiva, nuestra postura defiende que envejeceremos mejor si asumimos y desarrollamos nuestra conciencia generacional y unas adecuadas prácticas intergeneracionales, sean solidarias o de otro tipo. A diferencia de otras relaciones, las intergeneracionales nos ofrecen algo específico: la posibilidad de conectarnos, de mil modos distintos, con personas y comunidades que viven su envejecimiento desde otra época, desde otro momento de su curso vital; es una manera de sumar lo diacrónico a nuestra sincronía ampliando así nuestro horizonte temporal, conectando nuestro presente con nuestro pasado y con nuestro posible futuro. Tengamos conciencia generacional o no, las relaciones intergeneracionales no constituyen una elección, son consustanciales a lo humano; no nacemos, sino que otra generación *nos nace*. Y durante todo nuestro recorrido biográfico nos cruzamos obligatoriamente con otros grupos generacionales.

En este contexto, en el que el envejecimiento activo se conecta, en primer lugar, con la conciencia generacional y, en segundo lugar, con lo contingente, conflictivo y ambivalente de unas relaciones intergeneracionales que resultan insoslayables, seleccionamos dos cuestiones a las que tratar de responder para ilustrar cómo se puede envejecer mejor, de manera activa, en el espacio sociopolítico español:

- ¿Tenemos conciencia de nuestra naturaleza generacional, en cualquiera de los sentidos propuestos más arriba: familiar, pedagógico, sociohistórico o de bienestar?
- ¿Qué relaciones intergeneracionales, con su contingencia y ambivalencia, en qué contextos locales pueden ayudarnos a envejecer mejor?

C. NUEVA VISIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA GENERACIONAL

Comencemos por pensar cuál es la conciencia existente en el caso de las **generaciones genealógicas**. «El 98,2% de los españoles reconocen que la familia es muy o bastante importante en sus vidas (CIS, 2006). La familia es el aspecto de la vida personal con respecto al cual lo españoles nos sentimos más satisfechos (CIS, 2008). Y un 93% de españoles dicen que están muy o bastante satisfechos con la vida familiar (The Gallup Organisation, 2008)» (Sánchez y Pinazo, 2009: 76-77). Por tanto, podemos decir que la familia —en sus múltiples formas— es una institución bien visible en la sociedad española. ¿Qué nos encontramos cuando pasamos a fijarnos específicamente en lo que sucede con las relaciones intergeneracionales familiares?

En el caso de padres e hijos, la apreciación mutua sobre la posición y el rol generacional ha cambiado de forma importante. El profesor Gerardo Meil lo ha explicado en un reciente trabajo sobre el tema: «Durante las últimas décadas, las relaciones intergeneracionales se han modificado profundamente dando lugar a unas pautas de relación que justifican calificar a la nueva familia que ha emergido como una familia negociadora. La familia negociadora se caracteriza por unas relaciones intergeneracionales mucho menos jerarquizadas que en el pasado, con unas normas de convivencia mucho menos rígidas, que son, además, cuestionadas de forma sistemática por los hijos en una estrategia de búsqueda de cuotas de autonomía cada vez mayores. Para reclamar esta autonomía, los hijos exigen, además, un tratamiento en plano de igualdad al de sus padres, cuestionando la legitimidad de las normas establecidas al pedir, de forma sistemática, la justificación de las mismas en una estrategia de demostración de su arbitrariedad y, por tanto, de su falta de razonabilidad» (Meil, 2006: 160). Las similitudes y diferencias, la integración y la segregación entre padres e hijos se han reformulado, todo ello en un marco en el que, como hemos visto, la satisfacción con respecto a la vida familiar es alta. Y la solidaridad intergeneracional familiar se mantiene, sobre todo en tiempos de crisis económica: «Lo más relevante que se desprende de la información obtenida es que se pone de manifiesto la solidaridad intergeneracional que existe en el seno de las familias españolas, siendo ésta reconocida por el 78,20% de los encuestados. La crisis ha provocado un aumento de esta solidaridad familiar en el 79,14% de los hogares. Los más jóvenes, entre 25 y 35 años —grupo que coincide con la población más afectada por el paro y la precariedad laboral— son los que más perciben dicho aumento de ayuda intergeneracional» (Asociación Edad Dorada-Mensajeros de la Paz, 2009: 4).

En un informe anual sobre la juventud correspondiente a 2006 se aludía a cómo los jóvenes consideran a su generación por contraste con la de sus padres: «Los jóvenes se consideran más tolerantes, solidarios y contestatarios que sus padres. Pero también afirman ser menos maduros y más dependientes que la generación paterna» (Observatorio de la Juventud en España, 2006: 15). Las personas mayores también toman partido en este juego generacional de las similitudes y las diferencias entre las generaciones de los padres y las de los hijos; por un lado, «el 57% de los mayores piensa que los hijos e hijas tratan a sus padres y madres peor de lo que trataban las generaciones anteriores a los suyos. El 17% piensa que el trato es igual y el 11% piensa que el trato es mejor» (UDP/Simple Lógica, 2008: 2); por otro lado, «casi uno de cada tres mayores (35%) asegura que los padres y madres actuales cuidan a los hijos mejor que las generaciones anteriores, el 24% afirma que se les cuida igual; y uno de cada cuatro (26%) cree que se les cuida ahora peor que antes» (UDP/Simple Lógica, 2008: 3). Estos posicionamientos son formas de demostrar la existencia de una marcada conciencia generacional con respecto a las generaciones genealógicas paterno-filiales, a las que a menudo utilizamos como referentes para explicar cómo somos y por qué hacemos lo que hacemos.

¿Qué decir en el caso de abuelos y nietos? Una mayoría de nietos querría vivir con sus abuelos, y a los que ya lo hacen les gusta, tanto por las actividades que realizan con ellos como por el acompañamiento, el afecto, y los cuidados que reciben de ellos (Asociación Edad Dorada-Mensajeros de la Paz, 2008). La posibilidad y la frecuencia de contacto, el linaje, el género y las actividades compartidas son factores claves a la hora de explicar la calidad de las relaciones abuelos-nietos (Pinazo y Montoro, 2005). En España, el 78,6% de los abuelos dicen mantener contacto con todos sus nietos (CIS, 2006) y «un 58% de los niños de los municipios de más de 500.000 habitantes ven a sus abuelos maternos por lo menos una vez a la semana, y un 40% también a sus abuelos paternos, si bien la proporción de los que los ven casi todos los días es la mitad que los niños residentes en municipios de menos de 50.000 habitantes» (Meil, 2006: 83).

En ambos casos, padres-hijos y abuelos-nietos, existe un alto grado de conciencia generacional —en general, las personas saben qué comportan estas posiciones generacionales familiares y se implican en ellas— y mucho contacto —aunque no sea cara a cara—. Ahora bien, esta situación, con ser la mayoritaria, no debe ocultar el hecho de que hay personas que no asumen esta posición generacional —los casos de abandono de hijos o de anulación del contacto con los abuelos serían

ejemplos de lo que decimos— o que aunque se involucran en estas relaciones, lo hacen moviéndose entre posturas y dilemas irreconciliables. La ambivalencia siempre está de fondo. Una prueba concreta de ello lo constituye el movimiento de protesta por parte de abuelos y abuelas que llevó a nuestros órganos legislativos a aprobar la Ley 42/2003 en materia de relaciones familiares de los nietos con los abuelos de modo que se tomase conciencia de la función relevante de abuelos y abuelas en el caso de dejación por los padres de las obligaciones derivadas de la patria potestad y se protegiesen las relaciones entre los abuelos y los nietos tanto en caso de ruptura familiar como por dejación de obligaciones por parte de los progenitores.

Uno de los cambios que están apuntalando la conciencia generacional familiar es el progresivo aumento del número de familias multigeneracionales: «las redes familiares en las que hay miembros de cuatro generaciones han dejado de ser un fenómeno inusual y lo normal es que a lo largo del ciclo de vida los individuos que han decidido formar una familia estén insertos en redes familiares compuestas por al menos tres generaciones, cambiando su posición a medida que avanza el ciclo familiar. En este sentido la experiencia de ser nieto, padre y abuelo va generalizándose entre toda la población y no sólo eso, sino que la permanencia en esa posición social en el sistema de relaciones familiares dura cada vez más en el tiempo, de forma que además la figura del bisabuelo también va convirtiéndose en un fenómeno más frecuente. La «familia normal» es así la «familia multigeneracional» [...] y no la compuesta sólo por dos generaciones» (Meil, 2003: 35) ⁽¹⁾.

Esta coexistencia más duradera es un elemento estructural que está transformando la naturaleza de la intergeneracionalidad familiar; por ejemplo, ¿cómo aplicar la regla del cuidado y el apoyo que venía funcionando de padres a hijos y de hijos a padres, cuando, además de coincidir muchos más años de la vida con los hijos y con los padres, también se es coetáneo de nietos y bisnietos durante más tiempo? Las reglas que han servido para encauzar estas relaciones intergeneracionales familiares están siendo revisadas por fuerza de una praxis que las vuelve insertibles; en este terreno, el conflicto y la ambivalencia pueden ir ganando espacio. En España se mantiene el deseo de seguir conectado a las generaciones familiares; lo que se cuestiona es de qué modo hacerlo para lograr convivir con los conflictos, solidaridades, segregaciones y ambi-

¹ «la posibilidad de que la mayor parte de los recién nacidos venga al mundo teniendo abuelos y abuelas, y pueda «beneficiarse» de ello, es una novedad histórica en España» (Pérez Díaz, 2004: 3).

valencias que van surgiendo. Ya hemos visto más arriba que, en el caso de las relaciones padres-hijos, la negociación y la flexibilidad se están imponiendo. En las relaciones abuelos-nietos las crecientes investigaciones confirman, primero, el alto grado de satisfacción por parte de los abuelos, y, en segundo lugar, que los lazos de los nietos son más fuertes con los abuelos y abuelas de la línea materna (Pérez Ortiz, 2002; Osuna, 2006). En todo caso, las relaciones abuelos-nietos, para mantenerse, se van adaptando a los tiempos —tanto a los tiempos de cada generación como a los tiempos comunes a todas las generaciones—: «Las relaciones familiares entre las generaciones de adolescentes jóvenes y las personas mayores se liberan de la atención personalizada de asistencia mutua, para pasar a una relación de intercambios más culturales. [...] para que esta relación sea satisfactoria, los jóvenes piden comprensión y los mayores buscan buenas maneras» (Triadó, Celdrán, Conde, Montoro, Pinazo y Villar, 2008: 21). Al final, de todo esto se atisba que la conciencia intergeneracional familiar, aunque cambiante, subsiste.

Si pasamos a referirnos a las **generaciones pedagógicas**, resulta más difícil reconocer la emergencia, el mantenimiento o la transformación de una conciencia generacional. Entre otras razones, esta dificultad se debe a la falta de atención específica que se viene prestando a la relación de transmisión entre las generaciones. Ha habido una cierta dejación del valor de la transmisión, que es precisamente una de las claves de bóveda para anudar a las generaciones: «la intergeneracionalidad debe ser planteada como una **ética de la transmisión** (Núñez, 1998), dado que los mayores, los adultos tienen la obligación de pasar a quienes les siguen y postceden aquello que a ellos le pasaron en su día y siguen considerándolo valioso» (Sáez, 2009b: 7).

Tras un repaso a la situación de las relaciones intergeneracionales en el Reino Unido, Lloyd (2008) ha concretado algunas formas en las que las relaciones intergeneracionales familiares en ese país están facilitando procesos de transmisión pedagógica:

- a) transmisión de habilidades útiles para la vida
- b) transmisión de valores, códigos morales y normas sociales
- c) reproducción y transmisión de la cultura, la historia y la identidad.
- d) mantener la transmisión y los intercambios de conocimiento y valores entre las distintas generaciones

Deberíamos intentar contestar la pregunta de *¿quiénes están asumiendo en la sociedad española su implicación en relaciones de transmisión generacional?* La percepción generalizada es que las personas mayo-

res dan buenos consejos ante las decisiones importantes (CIS, 2009). Y sabemos que en nuestro país hay muchas más personas mayores dispuestas a dar clases y enseñar a otros que aquellas que ya lo hacen (Imsero, 2006). Pero estos datos son insuficientes.

En el ámbito familiar, nietos y nietas admiten que sus abuelos y abuelas les enseñan valores, cosas de antes, religión y materias escolares (Asociación Edad Dorada-Mensajeros de la Paz, 2008); en estos nietos sí que encontramos trazas de una cierta conciencia de su posición general de aprendices. Además, los nietos adultos perciben que han aprendido más de sus abuelos ahora que en edades más tempranas (Castañeda, Sánchez, Sánchez y Blanc, 2004).

¿Sienten los abuelos, sensu contrario, que tienen algo que enseñar y/o que aprender y actúan en consecuencia? Algunas investigaciones al respecto hablan de que los abuelos siguen una norma de no interferencia que los lleva a no inmiscuirse en tareas educativas con los nietos porque las perciben como correspondientes a los padres (Triadó, Villar, Solé, Osuna y Celdrán, 2006). Parece que más bien existe poca o ninguna conciencia social en torno a la labor educadora de abuelos y abuelas, tal y como se puso de manifiesto en el III Congreso del Consejo Estatal de Personas Mayores: «En cuanto a las relaciones intergeneracionales a nivel familiar nos gustaría que socialmente se reconociese a los abuelos como educadores reales que son de los menores. Que se preparasen cursos o talleres específicos para ellos de formación, de cómo mimar y educar a la vez, de cómo afrontar una pataleta infantil, etc. El papel de los abuelos ha cambiado en la mayoría de los casos. Los abuelos y abuelas ya no son los que deseducan a los niños los fines de semana, misión ésta reconocida socialmente y que todos/as esperaban continuar haciendo. Sin embargo, ahora son ellos los titulares de esa educación infantil y los padres son quienes pasan menos tiempo con sus hijos, quienes los consienten demasiado» (Consejo Estatal de Personas Mayores, 2009: 10).

Pero no sólo debemos quedarnos en el caso de las relaciones intergeneracionales familiares: la transmisión, el hecho de enseñar y de aprender, sucede también entre generaciones sin vínculos de parentesco; pensemos, por ejemplo, en las relaciones de maestros y alumnos en los centros escolares, o en la de un trabajador experimentado y un empleado en prácticas en un espacio laboral. Las posibilidades son infinitas y móviles: dependiendo de los contextos y de las prácticas intergeneracionales de que se trate, la conciencia generacional puede pasar de estar articulada en torno a un *inter* de transmisión y enseñanza a otro de recepción y aprendizaje. Y esto habría que potenciarlo.

En 2006 y 2007 se ejecutó en España, con la subvención del Imserso, el proyecto de investigación *Intergen. Descripción, análisis y evaluación de los programas intergeneracionales en España. Modelos y buenas prácticas*; en el mismo se indagó acerca del tema de la transmisión y se llegó a la conclusión de que en los programas intergeneracionales se produce una reversibilidad de los roles de enseñante y aprendiz: por ejemplo, en ocasiones son los jóvenes los que enseñan informática a los mayores, y en otras, son los mayores los que enseñan valores a los pequeños a través de los cuentos y actúan como modelos de comportamiento (Sánchez, Díaz, López, Pinazo y Sáez, 2008). De hecho, un 94,3% de las 202 personas mayores participantes en programas intergeneracionales encuestadas en esta misma investigación reconocieron sentir que habían contribuido a la educación de las generaciones más jóvenes. El impulso de los programas intergeneracionales, en general, y de aquéllos que se centran en procesos de mentorización, en particular (Pinazo, Sánchez, Sáez, Díaz, y López, 2009), puede contribuir a aumentar el grado de conciencia generacional pedagógica, condición previa para el aumento de las relaciones intergeneracionales asociadas a procesos de transmisión.

En cuanto a las **generaciones sociohistóricas** el panorama español es muy difuso. Más allá de la generación de la Guerra Civil (Buz y Bueno, 2006) o de la generación de la transición (Pérez-Díaz y Rodríguez, 2007), contamos con pocos referentes empíricos de conciencias generacionales vinculadas a la vivencia común de periodos o acontecimientos históricos, o de fenómenos culturales, políticos, económicos o tecnológicos. Da la impresión de que la conciencia generacional genealógica haya cubierto en gran medida las necesidades de referentes generacionales sociohistóricos de los ciudadanos españoles, más centrados en el ámbito familiar que en el sociopolítico comunitario. Incluso la denominada generación del *baby-boom*, que tanta resonancia está teniendo en otros países desarrollados, está pasando bastante desapercibida —si bien es cierto que el momento de su jubilación está aún por llegar².

² «El fenómeno conocido como *babyboom* y generalizado en muchos países europeos tras la Segunda Guerra Mundial, además de EEUU, Canadá, Australia, N. Zelandia y otros países que no participaron en esa contienda bélica, también afectó a España, aunque lleva unos diez años de retraso y es de menor entidad. Este momento histórico, compartido por muchos países y territorios, se caracterizó por un fuerte aumento de la fecundidad. Entre 1957-1977, período aproximado que podría ser considerado como los años del *baby-boom* español, nacieron casi 14 millones de niños (una media anual por encima de los 640.000 nacimientos), 4,5 millones más que en los veinte años siguientes y 2,5 más que en los veinte años anteriores» (IMSERO, 2006: 39).

Por último, llegamos a lo que Höpflinger denominaba **generaciones del bienestar**. Según un reciente sondeo del CIS (2009), las personas mayores que viven solas son el grupo al que, de modo más prioritario, debería proteger el Estado. Estas personas mayores aparecen así como generación del bienestar en la medida en que se percibe como merecedora de atención específica por parte de las políticas públicas de bienestar. En la lista también se incluye a los parados, a los jóvenes y a los pensionistas. Aquí es donde tiene sentido hablar, como proponía Walker, de equidad generacional.

Al hilo de la discusión sobre el mantenimiento de un modelo político garante del bienestar es donde emerge también la cuestión del contrato generacional, a la que de modo creciente se está prestando atención: ¿es posible mantener el pacto generacional según el cual las personas activas contribuyen de forma solidaria al bienestar de quienes no lo están con la expectativa de que en el futuro esas personas podrán recibir de forma recíproca ese mismo apoyo? Bienestar y paso del tiempo se intersectan y es ahí donde aparece el interés de la cuestión desde el punto de vista del envejecimiento activo.

Datos de 2009 indican que un 45% de los españoles mayores de 14 años están muy o bastante de acuerdo con la afirmación de que las personas empleadas serán cada vez más reacias a pagar impuestos y a hacer contribuciones sociales para apoyar a las personas de más edad. Asimismo, el 43% cree que las personas mayores españolas están dispuestas a aceptar que se reformen las pensiones para aligera la carga financiera de la población activa (The Gallup Organisation, 2009). Como vemos, la situación no está claramente definida en uno u otro sentido. Ahora bien, si nos fijamos en otro aspecto del pacto intergeneracional las cosas están más claras: tres de cada cuatro españoles mayores de edad están de acuerdo en que los hijos deben asumir la principal responsabilidad de los problemas de las personas mayores de 65 años (CIS, 2008). O sea, que cuando se trata del bienestar de nuestros progenitores —aquí las generaciones del bienestar y las genealógicas se dan la mano— entonces el contrato intergeneracional sí parece gozar de buena salud. Desde el punto de vista familiar sí existe una conciencia generacional que lleva asociada el cumplimiento de ciertas expectativas y deberes en relación con el bienestar de sus miembros. A nivel macrosocial, hoy por hoy en España no se cree que el gobierno no podrá seguir haciendo frente a las pensiones y a los cuidados requeridos por las personas mayores: frente al 58% de los europeos que piensan así, en España lo hacen un 49% (The Gallup Organisation, 2009). En la actualidad esta cuestión

es candente y se ha convertido en objeto de discusión social en Europa sin que por el momento sepamos cuál será la resolución final. No obstante, parece inevitable que, aunque se reformule, el pacto intergeneracional es indispensable para el mantenimiento de un mayor bienestar y, por ende, para lograr condiciones generales apropiadas para que más personas envejezcan mejor.

A lo que nadie parece prestar atención es a la paradoja de reclamar la solidaridad entre las generaciones sin haberse cerciorado previamente de revisar y reacomodar la conciencia generacional que permita caer en la cuenta y asumir qué generaciones han de apoyar de qué modo a qué otras para el aumento del bienestar general. No vendría nada mal, al menos en España, invertir un cierto tiempo y esfuerzos en la educación de esa conciencia como condición previa indispensable para que los agentes generacionales puedan comprender el sentido de las contribuciones que se les piden.

De momento, y a pesar del tono alarmista de algunos mensajes ⁽³⁾, las investigaciones internacionales sobre la evolución previsible de la solidaridad intergeneracional en Europa, tanto a nivel familiar como societal, nos ofrecen un panorama que no es desalentador pero sí ambivalente (Daatland y Lowenstein, 2005; The Gallup Organisation, 2009):

- En Europa, el grado de solidaridad intergeneracional es algo y estable en términos de asociación (frecuencia), afecto, ayuda y obligaciones normativas
- Por lo general, el apoyo emotivo fluye en ambas direcciones. El instrumental, de abajo arriba. El financiero, de arriba abajo
- La solidaridad normativa es más fuerte en el sur de Europa
- La solidaridad intergeneracional ha cambiado su forma, no su fuerza
- Seis de cada diez europeos piensan que los trabajadores serán cada vez más renuentes a pagar impuestos y a hacer otras contribuciones sociales para ayuda a las personas de más edad
- Dos tercios de los ciudadanos de la Unión Europea creen que los gobiernos deberían facilitar el que las personas mayores puedan seguir trabajando más allá de la edad de jubilación
- En general, se está a favor de que los gobiernos dediquen más recursos a las pensiones y al cuidado de las personas mayores

³ «La solidaridad entre las generaciones podría peligrar si el peso del envejecimiento tuviera que ser soportado por la población más joven, cuyo número y fuerza económica están disminuyendo. Y resolverlo también es una prioridad del nuevo pacto entre las generaciones» (Comisión Europea, 2006: 8).

Leyendo estas conclusiones da la impresión de que las conciencias y las posiciones generacionales, así como sus discursos, atraviesan un período de replanteamiento. Si, además, queremos incrementar las posibilidades reales de envejecer de modo activo, hay que aprovechar el momento para introducir en el debate la necesidad de seguir conservando la solidaridad intergeneracional en el mayor grado posible.

D. RELACIONES INTERGENERACIONALES QUE AYUDAN A ENVEJECER MEJOR EN ESPAÑA

Según el concepto de envejecimiento activo propuesto, las relaciones intergeneracionales ayudarán a envejecer mejor cuando:

- Faciliten a personas y comunidades tomar las riendas de las acciones que han de realizar para envejecer del modo que les resulte más satisfactorio en sus respectivos contextos
- Ayuden a aumentar el contacto y la participación social de quienes van tomando conciencia de su envejecimiento
- Sean cauces para el compromiso y la contribución de personas y comunidades de cara a conseguir que los entornos de vida sean más apropiados para envejecer mejor
- Propicien que todas las personas, con independencia de su edad y de sus capacidades, puedan optimizar su calidad de vida y así envejecer mejor.

No siempre ni todas las relaciones intergeneracionales podrán ayudar al envejecimiento activo en el modo que acabamos de citar. El reto que tenemos por delante es lograr que cada vez más la intergeneracionalidad contribuya al objetivo de envejecer mejor. Mientras tanto, hay que ser conscientes de qué relaciones intergeneracionales de las más visibles a nuestro alrededor suponen una ayuda o un obstáculo para el envejecimiento activo.

En términos de contacto intergeneracional familiar ya hemos visto que la sociedad española goza de buena salud. Según datos del proyecto europeo SHARE (Börsch-Supan, Brugiavini, Jürges, Mackenbach, Siegrist y Weber, 2005), en España un 52% de padres mayores de 50 años viven con sus hijos —este porcentaje es del 13% en el caso de Dinamarca; y el 85,3% de los padres de esas mismas edades ven a diario a alguno de sus hijos, lo que hace que España, junto con Italia, sean los dos países con mayor contacto intergeneracional familiar de los diez países participantes en el proyecto. Si a este hecho le sumamos la

extendida apreciación subjetiva sobre la alta satisfacción que produce la familia, la conclusión es que nuestro contacto intergeneracional genealógico es de los más densos de nuestro entorno.

Sin embargo, cuando pasamos a hablar de contacto intergeneracional más allá de la familia, el panorama cambia. De los pocos datos fiables con que contamos al respecto se colige que tenemos aún mucho que avanzar, no sólo en cantidad sino en calidad del contacto. En la Encuesta sobre Condiciones de Vida de los Mayores (Imsero, 2004) se preguntó a una muestra de personas mayores qué actividades habían hecho durante una semana concreta tomada como referencia: el 18% de las personas mayores habían estado con niños o con jóvenes *todos los días* de esa semana —este porcentaje caía al 13% si la pregunta se refería a haber estado con niños o con jóvenes en el último año—; sumando las respuestas de quienes habían estado con niños o con jóvenes *todos los días* o *casi todos los días* de la semana el porcentaje llegaba al 31,4%. Estar con niños o con jóvenes tan sólo era la décima actividad más frecuente de las personas mayores. Y únicamente un 6% de estas personas que en el último año no habían estado con niños o jóvenes decían querer hacerlo.

En el caso de personas mayores que viven en residencias, las cifras de esa misma Encuesta eran aún más contundentes: sólo un 3,8% de esas personas decían haber estado con niños o con jóvenes *todos* o *casi todos* los días de la última semana. Nada más que un 3,5% por ciento de estas últimas personas mayores que no habían estado con niños o con jóvenes recientemente decían que les gustaría hacerlo en el futuro. En 2009, y gracias a un sondeo ordenado por la Comisión Europea (The Gallup Organisation, 2009), pudimos saber que el 69% de una muestra de ciudadanos españoles mayores de 15 años creen que en nuestro país no hay suficientes oportunidades para que personas mayores y jóvenes se encuentren y trabajen juntas en asociaciones y en su comunidad local. El porcentaje medio de personas que piensan esto mismo en el conjunto de la Unión Europea es del 64%.

Los porcentajes hablan por sí solos y, más allá de la cifra concreta, lo que nos muestran es un enorme contraste entre el contacto familiar —con hijos y nietos— y el resto de contacto intergeneracional. Naturalmente, no hay que caer en el error de pensar que un aumento del contacto sería garantía de unas relaciones intergeneracionales beneficiosas para el buen envejecer. De hecho, para el caso concreto de los abuelos y, sobre todo, de las abuelas cuidadoras de sus nietos somos conscientes de algunos de los problemas que puede conllevar un contacto intergeneracional mal planteado y dimensionado; hay que

tener en cuenta que el 72,5% de los abuelos y abuelas declaran haber ayudado o estar ayudando a sus hijos en el cuidado cotidiano de los nietos: «la cifra de personas mayores que asumen el cuidado de sus nietos mientras los padres trabajan es de uno de cada cuatro (24,9%). De éstos, un 55,7% son mujeres y un 44,3% son varones, nueve de cada 10 son personas entre 65 y 79 años y casi la mitad (45,4%) son personas mayores que viven en pareja. Esta ayuda, además, se realiza con mucha frecuencia. El 43,3% de las personas que cuidan a sus nietos en la actualidad lo hace todos los días y uno de cada tres (30,9%) varias veces a la semana» (Imsero, 2008: 272).

Triadó, Celdrán, Conde, Montoro, Pinazo y Villar (2008) han realizado un estudio específico sobre las implicaciones que tiene el cuidado de los nietos para la salud y el bienestar de los abuelos, y han llegado las siguientes conclusiones y recomendaciones:

- En general, el grado de satisfacción de estos abuelos/as cuidadores es muy alto.
- Pueden aparecer problemas de comportamiento y emocionales en los nietos/as, por ejemplo por su mayor edad o por la separación de los padres, que hagan necesario ayudar a los abuelos/as cuidadores a afrontar mejor la situación.
- Algunos abuelos/as cuidadores presentan problemas de salud y emocionales, asociados a veces a dificultades en el cuidado; es conveniente no sobrecargar a los abuelos/as y administrar con consideración y medida el tipo de implicación que los padres les piden: «Unas tareas de cuidado, delegadas por los padres, en una cantidad moderada, son la mejor garantía para una mayor satisfacción y menores dificultades para los abuelos/as y también para los nietos/as» (p. 73).

Dicho esto, y a modo de conclusión preliminar, no cabe duda de que en nuestro país las relaciones intergeneracionales abuelos-nietos, bien planteadas y desarrolladas pueden ser una de las fuentes de satisfacción que ayuden a que las personas —niños, jóvenes y mayores— envejezcan mejor: «Las implicaciones que tiene la relación abuelos-nietos son muy significativas ya que ambos van a dedicar aproximadamente una tercera parte o la mitad de sus vidas a este rol; además, los abuelos pueden tener contactos más satisfactorios con los nietos en una relación con menos obligaciones y responsabilidad de la que tuvieron en su relación con sus hijos. Pese a ello, los abuelos pueden tener una influencia muy importante en el desarrollo de sus nietos. En la actualidad nadie cuestionará

la magnitud de la importancia de esta relación para el desarrollo de los nietos; así como para el desarrollo personal y social de los abuelos (Triadó, Celdrán, Conde, Montoro, Pinazo y Villar, 2008: 22).

Hemos visto que el contacto intergeneracional familiar es alto, al contrario de lo que sucede con el extra-familiar. Pero hemos sostenido que no basta hablar de contacto intergeneracional para abordar en su totalidad la conexión entre relaciones intergeneracionales y envejecimiento activo; hay que hablar de participación y contribución, flexibles y adaptadas a las capacidades, deseos y compromisos de las personas conforme van envejeciendo. Por tanto, después del contacto, la cuestión que hay que preguntarse es qué tipos de participación y de contribución intergeneracionales que ayuden a envejecer de modo activo existen en la sociedad española y qué podríamos hacer para impulsarlos.

Comencemos por hacer constar que en nuestro país hay una falta generalizada de reconocimiento de las contribuciones que hacen las personas de más edad. Por ejemplo, se reconoce mayoritariamente —el 77% de las personas mayores de 14 años piensan así— que no se valora suficientemente la contribución que hacen las personas mayores como cuidadoras de sus familiares (The Gallup Organisation, 2009). Esta falta de reconocimiento, sobre la que habría que intervenir, puede interpretarse en parte como resultado de una débil conciencia generacional sobre la función de bienestar desempeñada por las personas de más edad en la sociedad.

Al hablar de participación y contribución intergeneracional, en el ámbito familiar, además de los cuidados intergeneracionales, hay que mencionar, por lo menos, otro tipo de transferencia entre generaciones: la financiera. Y en el espacio comunitario hay que referirse, como mínimo, a las prácticas intergeneracionales, sean actividades o programas. Además del cuidado, otra forma de contribución intergeneracional son las transferencias financieras. En este caso la aportación de padres y abuelos es más visible: el 90% de los españoles con 15 o más años reconocen que la ayuda financiera de las generaciones familiares mayores es importante a la hora de que los jóvenes adultos puedan crearse un hogar y una familia propios (The Gallup Organisation, 2009). Si contar con una seguridad en cuanto a disponer de los recursos necesarios para cubrir las necesidades vitales es condición necesaria para poder envejecer bien durante más tiempo, resulta evidente lo trascendental de este tipo de ayuda de cara al buen envejecer de las generaciones jóvenes y adultas. Gracias a los datos comparativos del proyecto SHARE sabemos, además, que en el Sur de Europa las transferencias financieras intergeneracionales también suceden, con más probabili-

dad que en el Norte de Europa, en sentido inverso: con frecuencia los hijos ayudan de este particular modo a sus padres incluso más que estos últimos lo hacen con los primeros. Y parece que esta forma de solidaridad intergeneracional incluso se incrementa en momentos de crisis: «Todos los grupos de edad consultados reconocen que reciben más ayuda de los abuelos que las que ellos les prestan, aunque la ayuda prestada por los hijos y nietos a los abuelos va aumentando con la edad, debido al incremento de la dependencia [...] Los abuelos, a pesar de las bajas pensiones que tienen en muchos casos, también ayudan económicamente a los hijos. Un 28'90% de los encuestados dice recibir apoyo material de sus padres, a lo que habría que sumar el 21'61% que manifiesta que recibe ambos tipos de ayuda» (Asociación Edad Dorada-Mensajeros de la Paz, 2009: 4 y 6).

Sea como sea, podemos concluir que, en el contexto español, la ocupación, dentro de la familia, de una posición significativa para cada persona es un factor de mejor envejecimiento: «La implicación social en instituciones sociales valiosas como la familia contribuye a dar una sensación de significado a la vida que conduce a un incremento de la longevidad. (...) los roles familiares y parentales son importantes factores de predicción de la supervivencia de los padres mayores. El reconocimiento del importante papel de los familiares mayores por parte de los hijos y de la familia extensa puede reforzar sus sentimientos de utilidad, dependencia mutua y pertenencia, y puede actuar sobre su supervivencia mediante mecanismos fisiológicos que aún no comprendemos» (Zunzunegui, Béland, Sánchez y Otero, 2009: 358).

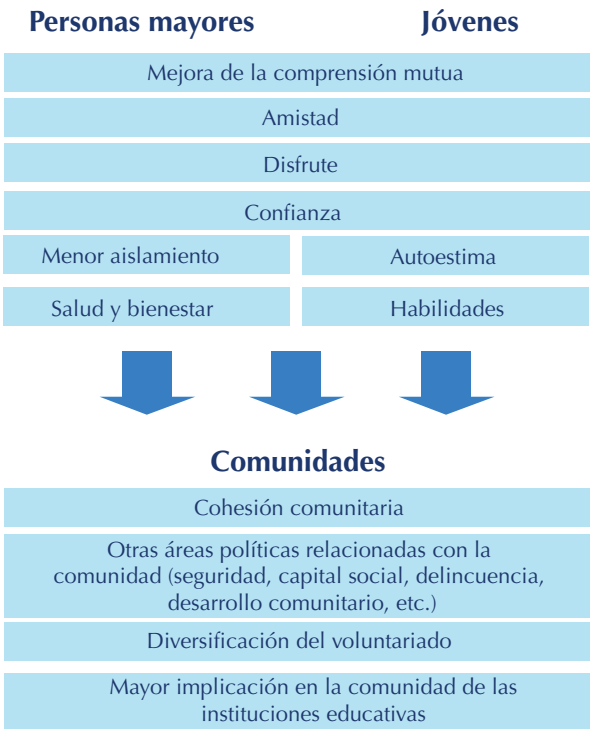
Pasamos ahora a hablar con brevedad de las prácticas intergeneracionales extra-familiares, comunitarias, entendidas como aquellas en las que concurren las tres características siguientes:

- a)** Participan personas de distintas generaciones, en su mayoría sin vínculo genealógico.
- b)** Se producen gracias a cierta organización y gestión —es decir, no son espontáneas.
- c)** Suponen una relación de intercambio de recursos entre los participantes

Cuando estas prácticas toman la forma de programas intergeneracionales y, por tanto, cuentan con una planificación y una sostenibilidad en el tiempo que les permite aspirar a conseguir resultados a medio y largo plazo, sabemos que pueden ser instrumentos eficaces para mejorar las posibilidades de envejecer de forma activa de sus participantes:

«Los programas intergeneracionales no sólo fomentan la participación en la comunidad sino que también promueven el envejecimiento saludable de todas las generaciones. Las investigaciones han demostrado que las personas mayores que realizan con regularidad voluntariado con niños queman un 20% más de calorías a la semana, tienen menos caídas y dependen menos de bastones para desplazarse» (Butts y Kirn-jeev, 2007). La investigación internacional ya ha puesto de manifiesto que estos programas, si están adecuadamente planificados y ejecutados, pueden aportar mucho de cara al buen envejecimiento porque contribuyen a mejorar la participación y la calidad de vida, tanto a nivel personal como comunitario (MacCallum et al., 2006; Pinazo y Kaplan, 2007).

Springate, Atkinson y Martin (2008: 14), desde el contexto británico, han repasado la literatura de la que disponemos sobre los resultados que se pueden obtener en las personas mayores, en los jóvenes y en las comunidades con las prácticas intergeneracionales y han esquematizado sus conclusiones en el siguiente esquema:



Como vemos, los cambios que se pueden lograr van en la línea de mejorar algunas condiciones personales y sociales propicias para que las personas y las comunidades puedan contar con más capacidades para envejecer mejor. Sin embargo, esquemas como éste no llegan a concretar la conexión directa que las prácticas intergeneracionales pueden

tener con el envejecimiento activo según lo hemos adoptado en este texto. A este objetivo se acerca algo más la investigación realizada en España, en 2006 y 2007, a la que nos hemos referido más arriba: el proyecto Interген. Uno de sus fines fue precisamente aclarar qué factores relacionados con el envejecimiento activo podían verse influidos por la puesta en marcha de prácticas intergeneracionales. Tras analizar las valoraciones realizadas por los coordinadores de 132 de esas prácticas en marcha en nuestro país se pudo concluir lo siguiente (Sánchez, Díaz, López, Pinazo y Sáez, 2008):

- El 96,8% de las prácticas identificadas guardaban relación con la solidaridad y el apoyo mutuo intergeneracional
- El 93,7% estaban vinculadas a la promoción de los derechos individuales de las personas mayores (dignidad, independencia, autorrealización, etc.)
- El 89,6% tenían que ver con la promoción de la salud física y mental de las personas mayores
- El 76% de las prácticas favorecía la igualdad de oportunidades (no discriminación) de los mayores
- Un 5,6% estaban conectadas con la participación de las personas mayores en el mercado de trabajo

Las personas mayores participantes en las prácticas intergeneracionales seleccionadas por el proyecto Interген reconocieron lo siguiente sobre sus experiencias:

Creo que participar en actividades con niños como en las que yo he participado...	Acuerdo	Desacuerdo
... consigue que las personas mayores sintamos que continuamos siendo útiles para los demás	97,9%	1,0%
... hace que las personas mayores nos sintamos mejor mentalmente	94,8%	3,1%
... hace que las personas mayores nos sintamos mejor físicamente	93,8%	2,6%
... aumenta la dignidad de las personas mayores	88,9%	8,9%
... mejora la solidaridad entre las personas de distintas edades	88,1%	5,2%
... nos hace más capaces de valernos por nosotros mismos	86,4%	8,2%
... sirve para que las personas mayores estemos menos discriminadas	78,2%	13,5%
... anima a las personas mayores a buscar un puesto de trabajo	40,9%	44,6%

En total, el 95,3% de estas mismas personas mayores admitieron sentirse más activas gracias a haberse implicado en actividades intergeneracionales:

Creo que participar en actividades con niños como en las que yo he participado...	Acuerdo	Desacuerdo
... ha aumentado el disfrute de mi ocio y tiempo libre	94,3%	4,1%
... ha aumentado mi interés por ser una persona más activa en la sociedad	88,5%	7,8%
... ha mejorado mi capacidad para cuidar a otras personas	67,7%	21,7%
... ha mejorado mi dedicación a las tareas del hogar (limpiar, cocinar, lavar, planchar...)	44,0%	37,9%

Por su parte, las personas jóvenes participantes en las prácticas intergeneracionales también percibieron el impacto beneficioso que habían tenido para las personas de más edad:

- El 57,4% de éstos creían que, después de haber participado en las actividades del programa, las personas mayores tenían mejor salud; un 53,9% pensaba que a las personas mayores les funciona mejor la cabeza por su implicación en esas actividades.
- El 77,9% estaban de acuerdo con que gracias a este tipo de actividades las personas mayores pasaban a estar mejor vistas por el resto de personas.
- Sólo un 6,4% creían que las personas mayores eran menos felices tras su paso por este tipo de programas.
- Más de 4 de cada 5 personas de otras generaciones encuestadas (82,1%) tenían claro que participar en prácticas intergeneracionales hacía que las personas mayores se sintiesen más satisfechas con sus vidas.

Leído esto no resulta extraño que las personas mayores participantes en estos programas no sólo se declaren muy satisfechas sino que recomienden la experiencia a otras personas y esperen que las distintas Administraciones Públicas inviertan recursos para aumentarlo. De hecho, esto fue lo que llevó al Instituto de Mayores y Servicios Sociales del Ministerio de Sanidad, Política Social a poner en marcha la Red Intergeneracional (www.imserso.redintergeneracional.es), dedicada a impulsar las investigaciones, las políticas y las prácticas en favor de unas relaciones más beneficiosas entre las distintas generaciones. En esta misma línea, el Parlamento Europeo ha instado recientemente a

los Estados miembros de la Unión Europea a promover «los proyectos intergeneracionales en los que las personas mayores trabajan junto con los jóvenes para compartir capacidades y adquirir nuevos conocimientos; pide a la Comisión que facilite el intercambio de buenas prácticas en este ámbito» (Parlamento Europeo, 2008: 17). Y la Comisión Europea ha decidido dedicar el año 2012 al envejecimiento activo y la solidaridad intergeneracional.

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Desarrollo de programas y proyectos de forma generalizada en los que se ponga en valor los apoyos que dan los jóvenes y personas de otras edades a las personas mayores y los que dan éstas a los demás, tanto en su entorno inmediato como en ámbitos más amplios. Para ello, es preciso:

- a) Profundizar más, sobre todo de forma empírica, en el conocimiento de los procesos de relación intergeneracionales a todos los niveles —interindividuales, grupales, organizacionales y macrosociales.
- b) Sensibilizar a la opinión pública sobre los valores de la solidaridad intergeneracional.
- c) Apoyar iniciativas concretas que impulsen la intergeneracionalidad allí donde viven las personas, aumentando la conciencia de pertenencia a una o varias generaciones —según el criterio y fomentando más *lo inter*, es decir, las oportunidades para establecer vínculos entre las generaciones.
- d) Elaborar iniciativas dirigidas a promover un intercambio productivo y mutuo entre las generaciones, concentrado en las personas de edad como un recurso de la sociedad.
- e) Estudiar y profundizar en la situación específica de una generación que por primera vez tiene que ocuparse al mismo tiempo de sus padres, de sus propios hijos y de los nietos.